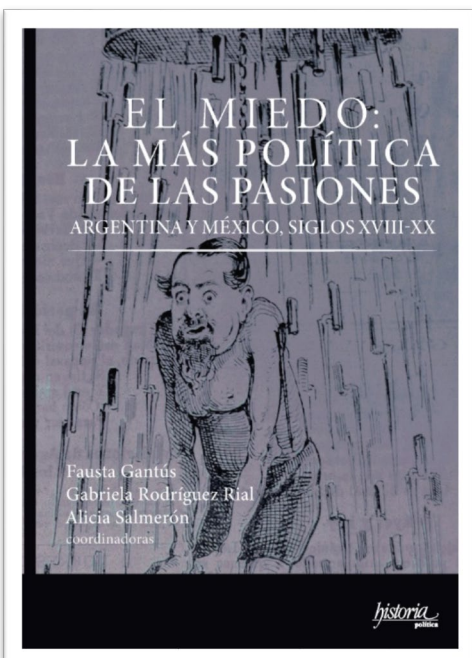


Fausta Gantús, Gabriela Rodríguez Rial y Alicia Salmerón, coords. (2021), *El miedo: la más política de las pasiones. Argentina y México, siglos XVIII-XX*, Ciudad de México, Instituto “José María Luis Mora”-Universidad Autónoma de Zacatecas, 210 p.

Eugenia Molina

Instituto Multidisciplinario de Estudios Sociales Contemporáneos, Argentina
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
<http://orcid.org/0000-0002-2891-5224>
eramolina@hotmail.com



Hace ya tiempo Chantal Mouffe (2007) insistió sobre cuánto debían las identidades políticas en su configuración a factores no racionales, afectos y emociones que permitían crear vínculos y pertenencias colectivas. Si lo político conforma, en su opinión, un componente ineludible de la vida social en tanto vehiculiza las diferencias de intereses, creencias y horizontes de expectativas que estimulan el debate y la conflictividad social, entonces las pasiones pueden conformar elementos clave para la aglutinación de estas diversidades o la delineación de posiciones en la confrontación agonal de la política. Estas cuestiones son,

precisamente, las que uno puede encontrar problematizadas en esta obra surgida del largo trabajo colectivo de un grupo de investigadoras que fueron realizando y debatiendo lecturas teóricas, filosóficas e históricas comunes para lograr definir puntos de articulación más allá de los diferentes tiempos y territorios que cada uno abordó de forma particular.

En tal sentido, si los seis capítulos se mueven desde el siglo XVIII hasta mediados del XX, transitando desde el antiguo Virreinato de Nueva España y México a Argentina, abordando, además, en muy diferentes coyunturas una gran variedad de miedos es claro cómo un *corpus* de referencias bibliográficas compartidas en torno de las cuales han reflexionado en conjunto durante consecutivas sesiones de seminario contribuye a dar coherencia y un mismo pulso al libro. Ya la “Introducción” a cargo de una de las coordinadoras, Alicia Salmerón, marca bien los derroteros por los que correrán las autoras con el objetivo de estudiar desde el mirador del miedo tanto las prácticas y representaciones de distintas culturas políticas, como también los usos que se hicieron de él en coyunturas específicas con puntuales intencionalidades. Asimismo, en este texto inicial remarca la necesidad de hablar en plural, esto es, de *los* miedos, por cuanto sus orígenes, sus funcionalidades, sus intensidades y, por supuesto, sus objetos de referencia habrían sido (y se podría agregar, son hoy) múltiples, dando cuenta de su propia historicidad y la de las sociedades que los generaron, promovieron, reprimieron o invisibilizaron.

Siguiendo un ordenamiento cronológico que permite integrar las dos grandes espacialidades políticas abordadas, el desarrollo de la obra comienza con el estudio de Matilde Souto Mantecón acerca de los miedos expresados y agitados en el marco virreinal mexicano dinamizado, ya sobre su tramo final, por las reformas borbónicas. Muestra cómo vinculados a referencias distintas (el temor divino, el miedo a la peste y el que sirvió como recurso de gobernabilidad ante la expulsión de los jesuitas), todos ellos quedaban tramados en una cultura política organizada en torno de un orden jurídico indisponible en el que el rey era su garante como máximo juez, mediando entre la vida y la muerte de los súbditos por sí o a través de quienes ejercían su jurisdicción delegada (como José de Gálvez), apelando a recursos pedagógicos que incluían tanto la fiesta como el castigo corporal

teatralizado. En la misma geografía, pero reformulada territorialmente como naciente república, Mariana Terán se ocupa de las tensiones y contradicciones que generó en la sociedad mexicana la jura de la Constitución de 1857 en la medida en que la estrategia de legitimación política utilizó el recurso religioso del juramento para fortalecer la vigencia (y el consenso en torno de ella) de una norma laicista. En este caso, los temores cruzaban las preocupaciones por la vida trascendente, manipulados por la Iglesia, con los de la pérdida del trabajo en el caso de los empleados públicos, accionados por el gobierno. Gabriela Rodríguez Rial, por su parte, traslada al lector a otra espacialidad, el Río de la Plata en proceso de construcción de la argentinidad. Su texto transita a través de distintos desplazamientos en la pluma de un Domingo Faustino Sarmiento joven aún actuando como periodista en Chile, el cual intenta comprender y explicar el fenómeno rosista; así, ella se desliza desde el amor al odio, del miedo al terror, de las élites a los sectores populares, de la barbarie a la civilización, de la humanidad a la animalidad. A partir de una sugerente estrategia hermenéutica logra vincular el rol de las pasiones en el orden social y político planteado por Hobbes con las reflexiones sarmientinas sobre el modo en que el miedo le ha servido a Juan Manuel de Rosas para construir y legitimar un régimen de violencia racionalizada.

José María Navajas e Inés Rojkind, a su vez, se enfocan en la Argentina ya constituida como Estado nacional para dar cuenta de una crisis coyuntural (que luego el proceso histórico demostraría que generó un proyecto político enfocado en dismantelar el régimen oclusivo vigente), en la cual los miedos fueron ventilados con distintas dosis, en distintos momentos y por distintos medios. No obstante, ellas revelan que también fueron muy diversos los sujetos atemorizados: las autoridades ante los rumores y después frente al hecho mismo del estallido revolucionario, los insurgentes cuando vieron mermar la fuerza y los recursos, los derrotados expuestos a la inminencia del castigo, el resto de la sociedad urbana que vio desplegarse *in situ* niveles considerables de violencia. En el capítulo siguiente, de hecho, es esa impronta de ruptura generada por esta última lo que conforma el objeto de estudio de Fausta Gantús, al analizar cómo el esfuerzo por promover el miedo a Emiliano Zapata y su movimiento concentró las intencionalidades de la gráfica satírica mexicana en plena efervescencia política entre 1909 y 1913. Allí la autora demuestra dos hipótesis estrechamente

conectadas, por un lado, cómo este personaje clave de la revuelta campesina sureña se convirtió en el tópico privilegiado de la literatura periódica del momento al condensar los peores presagios de los hacendados y la élite nacional, y por otro, en qué medida esto marcó un cambio en el lenguaje visual, en tanto de allí en más estaría atravesado por imágenes de una agresividad inédita. Finalmente, es Florencia Gutiérrez quien realiza la última torsión temporal y espacial del libro al dirigir la mirada hacia los ingenios tucumanos en la Argentina peronista. Allí indaga en los miedos provocados por el empoderamiento obrero en los empresarios azucareros, introduciendo una variable sugerente en la configuración de aquellos como catalizador de la lucha social: el espacio. En efecto, su capítulo evidencia cómo se materializaron y potenciaron a partir de una adscripción física delineada por la geografía industrial convertida en comunitaria precisamente por la experiencia cotidiana de los mismos trabajadores y sus familias. En ella, la cuestión del aislamiento posibilitado por el cierre o el sitio del “pueblo” habría pasado a alimentar a la noción de desabastecimiento para servir como arma de presión esgrimida por los capitalistas ante las autoridades y la sociedad en general.

A partir de los estudios microanalíticos realizados las autoras tocan ciertos tópicos comunes que fortalecen la articulación y cohesión de esta obra colectiva. Por una parte, todas atienden a las formas de producción y circulación de los miedos, desde los rituales festivos religiosos y cívicos, como muestran los textos sobre el México colonial y republicano decimonónico, a los usos de rumores y papeles clandestinos (panfletos, pasquines) referidos en los estudios sobre la Revolución del '90 en Buenos Aires o las comunidades obreras tucumanas. Muestran también que la prensa ha sido quizá el recurso más eficiente para construir y divulgar temores en sociedades contemporáneas, no solo a través de la pluma y la letra (incluyendo en ello al notable caso de Sarmiento), sino también el lenguaje visual, tal como Zapata y los suyos pudieron comprobar. Del mismo modo, a lo largo de los capítulos se aprecian ejemplos de muy diferentes procesos de configuración de los miedos colectivos, siempre manteniendo una tensión de retroalimentación con los fueros individuales e íntimos. En este registro, los textos logran mostrar cómo la construcción política de los temores ha anclado en otros previos que resultan intencionadamente maximizados, reformulados o redireccionados: el reverencial a Dios y la posibilidad de quedar excluido de la comunidad católica (por resistir una

medida monárquica o jurar una constitución), el generado por la *barbarie* popular (desde las pampas rioplatenses a los campos sureños zapatistas, pasando por el poder creciente de una juventud indómita o de trabajadores empoderados).

Conviene remarcar, asimismo, la relevancia dada al lenguaje como otro elemento central en las argumentaciones presentadas, dando cuenta de las formas en las que el decir (en sus modos, sus términos y sus contenidos) se cargó de significación en distintas coyunturas. En efecto, cada uno de los textos evidencia hasta qué punto las palabras se vuelven tan importantes como los gestos corporales para demostrar la subordinación a los designios divinos, la adhesión al nuevo régimen constitucional o el apoyo a un movimiento revolucionario. Así, lo “reverencial”, la “excomuniación”, la “barbarie frente a la civilización”, el “abismo”, el “desabastecimiento” se convierten en términos que recogen experiencias pasadas e interpretaciones sobre el futuro, más o menos cercano.

Sin embargo, hay un aspecto más que revela este libro a través de cada uno de los temas tratados, y en mi opinión resulta el más sugerente de todos: el potencial dialéctico implicado en los miedos latentes coyunturalmente despertados y reutilizados. En efecto, las exposiciones demuestran cómo ellos han servido como arietes para crear grietas públicas, polarizar opiniones, definir facciones en pugna, desacreditar a los contrarios, aunque también en un sentido opuesto, para fortalecer la gobernabilidad y legitimación de ciertos órdenes y regímenes políticos, como muestra el uso que hicieron de aquellos la punición ejemplar desplegada ante la resistencia a la expulsión jesuita o la violencia dosificada desplegada por Rosas en Buenos Aires y la Confederación. Esto evidencia, de alguna manera, de qué modo esta referida dialéctica del temor en tanto *negatividad/negación* se puede volver *productiva* en términos de proceso histórico, como generadora de regímenes políticos y cohesiones sociales, que fueron aceptados, impugnados, resistidos o reformados, según el caso y según los diversos ritmos temporales que las mismas sociedades estuvieron dispuestas dinamizar.

Referencias

MOUFFE, Ch. (2007). *En torno a lo político*. Fondo de Cultura Económica.